

# La música de los sueños

Pablo Espinosa

En el epicentro de la vida musical del mundo, Berlín, el legado vital del más importante de los compositores alemanes en los últimos decenios, Karlheinz Stockhausen (1928-2007) se expande.

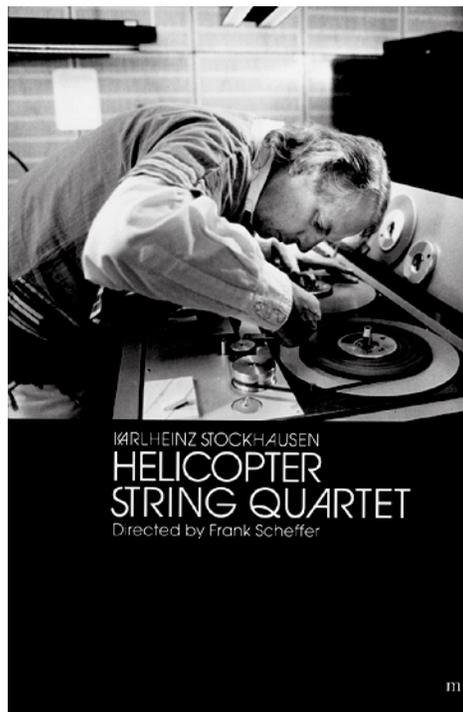
En el hangar del viejo aeropuerto Tempelhof, la Filarmónica de Berlín, dirigida por su titular Sir Simon Rattle, puso en vida recientemente *Gruppen*, partitura monumental para tres orquestas distribuidas estratégicamente para transformar el espacio y a los escuchas.

En breve, Simon Stockhausen, uno de los hijos del compositor, dirigirá la ejecución de otra partitura colosal, *Hymnen*, música concreta y electrónica que reúne los himnos nacionales de muchos países, además de *La internacional*, cánticos rituales africanos, y otros materiales instrumentales, en un tratamiento electrónico que dura más de dos horas.

Que se ponga a andar esta obra en la mismísima sede de la Filarmónica de Berlín, la sala Philharmonie, resulta más que significativo.

De manera simultánea, circula en México ya la versión en DVD de un filme definitivo: *Helicopter String Quartet* (bajo el sello *Medici Arts*), dirigido por Frank Scheffer, que no solamente documenta la escritura, preparación y estreno de esa obra, el *Cuarteto de cuerdas para helicópteros*, sino que aporta una manera de acercamiento entrañable, didáctico, iluminador, a la obra entera y sobre todo a la persona de Karlheinz Stockhausen.

La segunda mitad del siglo XX no se entendería sin Stockhausen ni John Cage, quienes establecieron paradigmas, marcaron improntas, formularon teorías y renovaron el pensamiento sonoro del mundo occidental gracias, entre otras virtudes, a su



mirada hacia la cultura milenaria de Oriente, las ciencias exactas, el azar, la naturaleza y sobre todo al ubicar la música como una forma de conocimiento.

Su reciente desaparición física marca un giro nuevo en la lógica musical del mundo. De su generación, constituida por gigantes, sólo sobrevive el octogenario Pierre Boulez.

Esa línea de continuidad hoy se encuentra en un momento límbico, una transición que aparenta vacío por ausencia de figuras de la resonancia de Stockhausen y cuyos lugares son ocupados por autores en su mayoría eclécticos.

La gran excepción es el estoniano Arvo Pärt, dueño de una originalidad que se remonta a la rusia bizantina, rebota en la Segunda Escuela de Viena y establece su reinado en un territorio signado por lo sublimemente.

Karlheinz Stockhausen atravesó distintos círculos en ascenso. En cada etapa evidencia logros espectaculares, peculiaridades técnicas de asombrosa lógica y eficacia singular.

Pocos autores como él pueden colocarse en la línea directa de la continuidad en la historia de la música. Porque si uno dice barroco dice Bach, si dice clásico dice Mozart, si dice sinfónico dice Mahler, si dice primera mitad del siglo XX dice Stravinsky, si dice segunda mitad del XX dice Cage, dice Stockhausen.

La historia que narra el filme de Frank Scheffer es la de la primera partitura en la historia de la música cuya ejecución sucede en el aire.

El subtexto es un retrato de cuerpo entero del más profundo ser de Stockhausen: una persona en realidad sencilla que tiene aspiraciones valederas: ser mejor persona es ser mejor compositor, lograr la trascendencia pero no como una manera de satisfacer el ego sino de hacer el bien a los demás, compartir los sueños.

Y es que precisamente el *Cuarteto de cuerdas para helicópteros* nació de un sueño.

Sucede que cuando le formularon la petición, el encargo de que escribiera un cuarteto de cuerdas, Stockhausen dijo en automático *Nein!*, ¡de ninguna manera! Ya que, argumentó, el Cuarteto de Cuerdas es el prototipo del siglo XVIII, así como la forma Sinfonía y la forma Concierto son huellas de otros tiempos, otras épocas. Y él se preciaba de no haber recurrido a ninguna de aquellas formas antiguas para crear música, para expresar sus ideas, su interior.

Helo aquí, en su propia voz, en el filme de Frank Scheffer: “toda mi vida he soñado que vuelo. En uno de esos sueños estoy en una gran habitación donde el resto de las

personas, muchas, visten de ceremonia, un vaso en la mano cada quien y no cesan de parlotear. Yo me digo: las voy a hacer callar en un instante y entonces me lanzo de puntitas y emprendo el vuelo y ahí voy, con la espalda contra el techo, haciendo piruetas y desplazamientos y me lanzo en picada y retomo altura con gran elegancia y todos exclaman ¡ooooohhh! Y yo río. Y vuelo. Todos se asombran de que alguien, que habita en un cuerpo humano, pueda volar en esta vida terrenal”.

Otras veces, cuenta, se lanza a volar sobre montañas. Y todo eso lo plasma en su música, aunque por supuesto no de manera figurativa. Es de todos conocido el lenguaje técnico de Stockhausen, tan pleno de dificultades técnicas, complejidades conceptuales. Y eficacia extrema.

Lo explica: “mi música muestra mis sueños todo el tiempo. Cuando estoy en mi estudio simplemente cierro los ojos, pongo manos a la obra e intento crear sonidos, los mando a los altavoces como un pájaro que vuela”.

Lo suyo, define, “es un sueño primitivo”.

Más: “mi música vuela porque yo vuelo”.

Los musicólogos han desplegado ampliamente los recovecos técnicos que implican las obras de Stockhausen.

Pero pocas veces, y en el filme de Frank Scheffer ocurrió, su corazón estuvo tan abierto: “he compuesto música para arropar a las personas, me interesa que, como en la obra que titulé *Gruppen*, los sonidos vengan de todas partes, roten alrededor de las personas”.

Y también logró expandir el espacio. Ya en muchas obras había roto el convencionalismo y la rigidez de una sala de conciertos. Pero es con su obra que tituló precisamente *Invasión*, que saca de la sala de conciertos la música. En esa obra coloca un cubo de altavoces de catorce metros de alto ante el público y otro cuadrado de altavoces a nivel del público.

Los sonidos hacen diagonales y se mueven a velocidades diferentes o giran en es-

pirales o en círculos desiguales. Después, los músicos, atados a los altavoces, van a derecha, a izquierda del público, adelante y atrás.

Es la primera vez que en una obra se tiene en cuenta el espacio de manera tan radical, fuera de una sala de conciertos. “Es un fragmento que se echa a volar, literalmente”, explica el autor.

“Quiero implicar los espacios, no sólo los de la ciudad y el campo, sino todos los espacios de la Tierra, usando transmisiones satelitales, acústicas o incluso espacios que aún no hemos conquistado con objetos voladores, para que comprendamos que la música está en todas partes, allí donde los músicos quieran ir. Gracias a las nuevas tecnologías podemos ver esos espacios”.

El *cuarteto de cuerdas para helicópteros* es una obra única en la historia. Los ejecutantes abordan, cada uno de ellos, un helicóptero. En el aire, mediante audífonos escuchan a sus compañeros cuando tocan en los otros tres helicópteros. Un micrófono transmite el sonido de cada uno de los instrumentos a una sala de conciertos donde el público sigue el sonido y la imagen mediante pantallas. Un segundo micrófono graba el sonido de las aspas.

En tierra, Stockhausen dirige las acciones. Sentado frente a una consola *multi-track* mezcla el sonido de los instrumentos y los contrasta con el sonido de las hélices y los motores en el aire.

Es algo sencillamente mágico.

Como un sueño.

La noche en que Stockhausen se había negado a aceptar el encargo de escribir un Cuarteto de Cuerdas por considerarlo un formato obsoleto, tuvo el sueño que produjo la partitura. En ese sueño, narra el autor, los músicos tocaban montados en objetos voladores que flotaban aún más alto que los helicópteros. “En el futuro espero que pueda ejecutarse esta obra con objetos voladores que floten más arriba”.

En un taxi, camino al hangar donde estrenó la obra, en Amsterdam, 1995, Stock-

hausen narró la siguiente experiencia “suprarracional”: “estábamos trabajando en el estudio de música electrónica en Köln, que tiene unos ventanales de diez metros de largo y el río Rin está a unos ciento cincuenta metros. Hay edificios portuarios alrededor.

“De repente alguien me dice: ¡mira! Por la ventana, a la izquierda, aparece un helicóptero, un segundo seguido de un tercero y un cuarto. Esos cuatro helicópteros volaban juntos cerca de los ventanales de diez metros de largo y sobrevolaron el Rin y se fueron hacia la derecha. Me dije: esto es una señal del cielo. Nadie puede explicarlo. Los técnicos en el estudio gritaron: ¡es increíble! ¡Precisamente cuatro helicópteros! En todo caso era, de nuevo, un signo suprarracional, una confirmación de que el proyecto seguía su curso.

“Esa noche seguí soñando mucho. De niño me gustaron tanto las abejas que cultivaba mi tío que me encantaba escuchar la música de su vuelo. Bueno, en mi sueño eran miles y miles de abejas cuya música era distinta una de otra y juntas hacían una música fantástica. Los ejecutantes de los instrumentos de mi Cuarteto tenían que estar encerrados en una red de acero, pues si las abejas les picaban las manos no podrían tocar sus instrumentos.

“Bueno, en mi sueño el técnico de grabación tenía un *spray* que aplicado a las manos de los músicos les permitió tocar tranquilamente junto a las abejas. Y así sucede en mis sueños: puedo lograr en ellos lo que no se puede lograr en la vida real ni con electrónica ni instrumentos ni recursos canoros”.

En cuarenta y cinco años de trabajo, explica, “he intentado incorporar en mi música los sonidos que escuchamos en la vida cotidiana, hacer música con ellos. Es un sueño. El mundo entero será música. Debe ser posible hacer eso”.

Y cuando dice eso, a Stockhausen le brilla la mirada azul y su rostro se enciende como solamente nos sucede cuando somos niños, sin importar la edad cronológica. Este

## Venimos a experimentar sensaciones, emociones, ideas. Venimos a aprender, para evolucionar.



“THE HELICOPTER STRING QUARTET  
IS DEDICATED TO ALL ASTRONAUTS.”

KARLHEINZ STOCKHAUSEN

compositor, igual que Mozart, logró conservar, cultivar y hacer crecer ese sentido del asombro, la curiosidad, la creatividad extrema que tenemos, cuando niños, todos. (Budadas en potencia, todos).

“Desde hace cuarenta y cinco años —nunca se cansó de repetir esa frase Stockhausen en el filme de Frank Schaffer— es un símbolo de mi obra musical lo que no se toca ni se oye. Eso es para mí lo más fascinante. Para toda nueva obra siempre espero recibir un signo premonitorio. Descubrir en mi imaginación algo que nun-

ca he oído y que no ha podido ser tocado y eso implica nuevos instrumentos, nuevas combinaciones de formas, nuevos espacios, nuevos lenguajes”.

En ese momento acababa de componer *Parlamento mundial*, una partitura para la cual creó un idioma artificial, que fue cantado en varios dialectos, también artificiales. Los cantantes no habían articulado jamás antes esos dialectos. “Seguiré haciendo cosas así toda mi vida. Y para cada nuevo punto de partida espero algo que venga de muy adentro. Para que a través de la música mi

espíritu siga evolucionando, en el descubrimiento y en la invención”.

(Que nuestro tránsito terrenal sea una oportunidad para que nuestro espíritu evolucione es uno de los conceptos básicos de la filosofía budista. Venimos a experimentar sensaciones, emociones, ideas. Venimos a aprender, para evolucionar).

Explica Stockhausen: “busco evolucionar, y que mediante el descubrimiento y la invención logre empatía con las formas espirituales y para expandir la acústica de mis espacios sonoros y desarrollar mi facultad de escucha, para poder reconocer los contextos, percibir verdaderamente cada capa y su interacción con mis oídos. Para eso los ojos pueden ayudar a los oídos. Me gustaría tener un cuerpo que pudiera hacer muchas más cosas de las que hace el que tengo hoy. Espero un día tener un cuerpo espiritual al que podré pedirle cosas como a mi cuerpo actual, dotado de sentidos humanos. Para narrar el asombro del mundo”.

El *Cuarteto de cuerdas para helicópteros* fue estrenado por el Cuarteto Arditti, bajo la dirección del autor, el 26 de junio de 1995 en el Festival de Holanda. Esa epopeya está narrada de manera magistral en el filme de Frank Schaffer.

Solamente otras dos veces ha sido ejecutado, pues no solamente se requieren cuatro helicópteros y toda una infraestructura tecnológica complejísima, sino también una calidad a toda prueba de parte de los ejecutantes y en especial su entrega, amorosa entrega a esta música nacida de los sueños.

Las otras dos ocasiones ocurrieron el 22 de agosto de 2003 en el Festival de Salzburgo y el 17 de junio de 2007 en Alemania. En YouTube hay fragmentos hermosísimos de esas epopeyas. Resulta más que fascinante escuchar la música de Stockhausen al mismo tiempo que observar la danza de esos seres que parecen adquirir vida gracias a la magia de la música, los helicópteros en vuelo.

Esta experiencia reproduce nuestros más profundos y hermosos sueños: cuando volamos. Sobre todo cuando volamos en compañía.

He aquí la música de los sueños, la de nuestro más profundo ser.

Sukha. ☐